

LOS ATRIBUTOS DEL ESTADO EN EL PROYECTO DE MANUEL BELGRANO

ALEJANDRO A. DAMIANOVICH.*

Manuel Belgrano fue un producto y a la vez un artífice de la revolución rioplatense que, luego de una etapa de confusión e incertidumbre ligada a la crisis de la monarquía, puso en marcha un proyecto de estado, cuyo primer formato, nunca cerrado ni totalmente consensuado, se disolvía en los campos de Cepeda antes de cumplir una década. Pocos meses después moría el General Belgrano, casi ignorado. Quienes le acompañaban le sintieron decir: “Ay patria mía”, expresión postrera que resume su frustración frente al resultado de sus sacrificios: el país que lo despedía (o que no lo despedía porque su muerte pasó inadvertida en medio de la puja política que se desarrollaba ese mismo día en Buenos Aires) no era el que habían soñado los revolucionarios de 1810, sueño que, en la mente de Belgrano se expresaba en cuatro atributos principales: independencia nacional, monarquía parlamentaria, centralidad política, y prioridad de lo público sobre lo privado.

La revolución y la administración autónoma de la crisis de la monarquía.

Lo primero que hay que determinar, apelando a la mayor de las síntesis, son los alcances del proceso revolucionario que convirtió a Manuel Belgrano en un actor político y militar relevante¹. La historiografía de las últimas décadas ha desestimado que la revolución expresara un sentimiento nacional de ruptura con la metrópolis desarrollado en los finales de la dominación española, “mito fundacional” del que fue principal expositor Bartolomé Mitre en su magnífica biografía –precisamente- de Belgrano².

Fue el mismo Belgrano quien expresó en sus Memorias que en 1807, cuando acababa de rechazarse la segunda invasión inglesa, él pensaba que faltaban unos cien años para que las colonias españolas hicieran lo que las inglesas del norte habían llevado adelante declarándose independientes en 1776.

“¡Tales son en todo los cálculos de los hombres! Pasa un año –escribía Belgrano- y he ahí que sin que nosotros hubiésemos trabajado para ser independientes, Dios mismo nos presenta la ocasión con los sucesos de 1808 en España y en Bayona”.³

La invasión de Napoleón a España y la captura de los reyes platearon una crisis institucional a la que había que oponer una respuesta y en la definición de esa respuesta se desenvuelve lo que se ha dado en llamar “revolución de mayo”, proceso que si bien contiene una promesa libertaria, responde a la lógica del poder dominante de Buenos Aires.

No hubo un proyecto ni un pensamiento unificado en mayo de 1810, simplemente una variedad de alternativas para administrar esa crisis con autonomía. Con cada paso

* Profesor y doctor en Historia. Miembro correspondiente de la Academia Nacional de la Historia y de número de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe, entidad que preside.

¹ Sobre la visión del autor referida a la revolución de mayo de 1810 conf. ALEJANDRO A. DAMIANOVICH, *La revolución de mayo como expresión del poder emergente de Buenos Aires*, en: <https://studylib.es/doc/7229352/la-revolucion-de-mayo-como-expresion>, Junta Provincial de Estudios Históricos, 2010. También: ALEJANDRO DAMIANOVICH, “Santa Fe y la redistribución regional del poder en la temprana revolución rioplatense”, en *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos*, N° 68, Santa Fe, 2010, p.p. 45 – 88. Disponible en línea: <http://www.jpeh.ceride.gov.ar/revista-68.pdf>

² BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Félix Lajouane Editor, 1887. (tres tomos). Esta interpretación de Mitre ya fue cuestionada por JUAN BAUTISTA ALBERDI en *Grandes y pequeños hombres del Plata*, Garnier Hnos., París, ¿1912?, señalando los factores exógenos que la desencadenaron, tal como Belgrano lo destaca en su autobiografía.

³ MANUEL BELGRANO, “Autobiografía”, en: *Los sucesos de mayo contados por sus autores*, El Ateneo, Buenos Aires, 1928, p. 183.

dado desde 1806, Buenos Aires fue concentrando poder. Derrocó al virrey Sobremonte acusándolo de mal desempeño en las invasiones inglesas⁴, y los criollos militarizados tomaron la delantera cuando sostuvieron al virrey Liniers en enero de 1809 contra la asonada de los españoles locales. Permitieron la asunción de Cisneros en reemplazo de Liniers ese mismo año⁵, y cuando se supo de la ocupación total de España por Napoleón lo suplantaron por una Junta de gobierno a nombre del rey Fernando en un Cabildo Abierto en el que Belgrano votó por ese cambio⁶.

Pero el proceso de apropiación de poder continuó en junio, cuando la Junta, que Belgrano integraba sin haberlo pedido, desconoció al Consejo de Regencia de España e Indias que se había constituido en Cádiz, iniciándose una guerra civil entre juntistas y regentistas, mientras Inglaterra se afanaba por moderar el conflicto ya que España era una aliada principal en la guerra contra Francia.

Las ideas centrales que Manuel Belgrano habrá de sostener en nombre de la revolución durante los diez años que consagró para impulsarla (los últimos de su vida) tienen su origen en estos días de confusión e incertidumbre.

De la autonomía para administrar la crisis a la independencia nacional.

En la evolución del pensamiento belgraniano se destaca, en primer lugar, su idea de autonomía para la administración de la crisis, que irá madurando hasta convertirse en el principal objetivo de su vida: la independencia nacional. Al principio se conformaba con tomar distancia del caos peninsular, cuestionar la legitimidad de las entidades surgidas en España a nombre del rey, y apoyar las aspiraciones de la hermana de Fernando VII residente en Río de Janeiro, la princesa Carlota Joaquina. Pero luego será uno de los tempranos adalides de la independencia, como San Martín o Artigas, produciendo gestos de alto contenido simbólico, como la bandera azul y blanca con la que distinguirá a las tropas de su mando.

Su autobiografía es ilustrativa de la forma en que Belgrano observó los acontecimientos de España. Allí nos explica, lo que surge también de su correspondencia de

⁴ El 14 de agosto de 1814, un nutrido grupo de vecinos pedía la “deposición del virrey” a las puertas del Cabildo, como en mayo de 1810. El 10 de febrero de 1807, ante la toma de Montevideo por los ingleses, el virrey fue suspendido en sus funciones. En dos pasos se había consumado el derrocamiento de Sobremonte, mientras la población esperaba armada el desembarco británico. El gobernador de Potosí, Francisco de Paula Sanz, anunció las serias consecuencias que sobrevendrían de este “...escándalo, expuestas la jurisdicción y superioridad que respectivamente ejercemos, a que los pueblos y los cabildos la juzguen meramente precaria y dependiente del arbitrio de ellos”. Conf. EDVERTO OSCAR ACEVEDO, “Contra la emancipación. Liberales y reaccionarios”, en: Investigaciones y Ensayos, N° 51, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 2001.

⁵ El sostenimiento del virrey Liniers por los criollos el 1° de enero de 1809, materializado por la acción de Saavedra y los Patricios, constituye el segundo paso de apropiación de poder ejecutado desde Buenos Aires, aunque menos evidente que si hubieran triunfado los españoles europeos dirigidos por Martín de Alzaga, que aspiraban a administrar la crisis de la monarquía conformando una especie de España americana. Belgrano anotó en su autobiografía: “En Buenos Aires se hacía la jura de Fernando VII, y los mismos europeos aspiraban a sacudir el yugo de España por no ser napoleonistas. ¿Quién creería que don Martín de Alzaga, después autor de una conspiración, fuera uno de los primeros corifeos?” Conf. M. BELGRANO, Op. Cit., p. 183.

⁶ En el Cabildo Abierto del 22 de Mayo Manuel Belgrano votó por la fórmula de Cornelio Saavedra que proponía que el poder se delegara interinamente en el Cabildo hasta tanto se constituyera una Junta de Gobierno, conforme el modo y forma que estimara el Cabildo, pero bajo la aclaración de que “es el pueblo el que confiere la autoridad o mando”. Esta fórmula de Saavedra contó con 87 votos, entre ellos, aparte del de Manuel Belgrano, los de sus hermanos José Gregorio y Domingo Belgrano, su primo Juan José Castelli, junto a los de Mariano Moreno, Bernardino Rivadavia, Martín Rodríguez, Domingo French, Domingo Matheu, Juan Bautista Bustos, Joaquín Campana, Vicente López y Planes y Antonio Luis Beruti, entre las figuras de mayor proyección revolucionaria. Conf. RICARDO LEVENE, *La revolución de mayo y Mariano Moreno. Ensayo histórico*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1960, t. II, p. 79.

1808 y 1809, que el primer cuidado fue asegurar la independencia de América en relación con la España napoleónica de José Bonaparte, considerado decididamente ilegítimo. Fue entonces cuando Belgrano apoyó el derecho dinástico de Carlota Joaquina a la regencia a nombre de su hermano Fernando, derecho que consideraba de una legitimidad superior a la que se le había reconocido a la Junta Central de Sevilla, órgano cuyos títulos rechazaba y a la que llamará “indecente y ridícula”⁷

En el epistolario belgraniano se destacan sus cartas a la princesa, alentándola a que ejerciera la soberanía de la autoridad real en América, y aún en la misma España, ⁸ Si Carlota se instalaba en Buenos Aires y gobernaba desde aquí, asistida por quienes como Belgrano y Castelli defendían su causa, hubiera sido un paso decisivo hacia la apropiación del poder que la capital del virreinato venía practicando desde el derrocamiento de Sobremonte. La resistencia de Belgrano a la Junta Central, expresada en acciones reservadas, es un antecedente de la que la Junta de Mayo ofrecerá públicamente al Consejo de Regencia.

Una vez puesta a rodar la revolución, Belgrano irá paulatinamente avanzando desde la idea de un gobierno autónomo provisorio para administrar la crisis, al convencimiento de la necesidad de proclamar y defender la independencia americana, en lo que encontrará resistencias del triunvirato, entidad que aplica al proceso el gradualismo que recomienda Inglaterra en medio de la guerra contra Napoleón y en virtud de su alianza con España, en cuyo territorio opera.

El ejemplo más nítido lo constituye la documentación producida en torno a la creación de la bandera. Sus proclamas a la tropa son de un contenido simbólico inocultable que alarma a los que gobiernan en Buenos Aires. Cuando se defiende de la acusación que se le hace de no haber obedecido la orden de guardar la bandera fechada el 3 de marzo de 1812, señala que, habiéndose aprobado la escarapela celeste y blanca, juzgó que los mismos colores debían ser los de la bandera que debía enarbolarse en las baterías, ya que no contaba con otra, lo que así ejecutó, movido por su “deseo de que estas provincias se cuenten como una de las Naciones del Globo”⁹.

Al enarbolar el pabellón por él creado el 27 de febrero de 1812, había arengado a la tropa diciéndoles: “Juremos vencer a nuestros enemigos interiores y exteriores y la América del Sur será el templo de la independencia y de la libertad”¹⁰. La creación de la bandera, la denominación de las baterías con los nombres de “Libertad” e “Independencia” y la fórmula utilizada por Belgrano para hacerla jurar por sus hombres, nos están mostrando uno de los más decididos y tempranos compromisos por dirigir la revolución a la independencia americana, aun antes de que la Logia Lautaro fuera creada y que se planteara como objetivos la fórmula “Independencia y Constitución”.

En el pensamiento de Belgrano se identifica la causa revolucionaria con la “patria” misma, y luego la “patria” encierra en sí la idea de independencia. Cuando después de sus derrotas de Vilcapugio y Ayohuma es reemplazado en el mando del Ejército del Norte por el Coronel San Martín, pide continuar sirviendo bajo sus órdenes, en tanto jefe del Regimiento de Patricios. Como el pedido le es concedido, Belgrano escribe agradecido al Director Supremo diciendo que espera redoblar sus “esfuerzos por el servicio de la Patria... para dar

⁷ MANUEL BELGRANO, *Autobiografía* citada, p. 191.

⁸ Conf. A.N.H., *Epistolario Belgraniano* citado, p.p. 57 – 61.

⁹ ANH., *Epistolario* citado, p. 151.

¹⁰ BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano* citada, t. II, p. 42.

nuevas pruebas de mi constancia en seguir el camino que me propuse desde que me decidí a trabajar por la libertad e independencia de la América”.¹¹

Una monarquía parlamentaria.

Fue aquel primer proyecto carlotista el que pondría en evidencia otro de los principios políticos que Belgrano sostendría hasta el final: la erección de una monarquía constitucional parlamentaria. En pos de un rey partió con Rivadavia a Europa en 1815 y al regresar con las manos vacías propuso al Congreso de Tucumán la coronación de un Inca que residiera en Cuzco, idea que si bien resultó “ridícula y extravagante” para los diputados porteños, al decir de Tomás de Anchorena, cautivó a los representantes altoperuanos y arribeños..

No vamos a desarrollar aquí las alternativas de su misión en Europa, desarrollada en momentos de grandes cambios de la situación internacional: la caída definitiva de Napoleón, la formación de la Santa Alianza, la restauración de las monarquías absolutistas, y el desprestigio de las formas republicanas en Europa. Baste decir que murieron sin nacer los intentos de un acuerdo soberano con Fernando VII y la idea de coronar a un príncipe europeo, concretamente a Francisco de Paula, hijo de Carlos IV. Lo que importa destacar es que la participación de Belgrano en estos escarceos diplomáticos supone su total adhesión al modelo monárquico que brindaba soporte a tales gestiones, al punto que redactó un proyecto de Constitución que debería regir sobre el Río de la Plata, en el caso en que se transformara en un reino cuya corona ciñera el príncipe en cuestión bajo el auspicio de Carlos IV. Como bien anota Mitre, el proyecto apuntaba a constituir una monarquía parlamentaria como la británica, y era la idea que incluyera no solamente al Río de la Plata, sino también a Chile y Perú.

Aunque era a todas luces contrario al sentir republicano que predominaba en el Río de la Plata, la constitución proyectada por Belgrano no deja de ser interesante en tanto revela sus ideas en relación a los atributos del Estado, nunca expuestas de manera más sistemática. A la autoridad del monarca se sumaba un poder legislativo bicameral de senadores nobles y diputados ciudadanos, con todas las facultades de un país libre. Funcionaría además un Poder Judicial independiente y las decisiones del rey no tendrían vigencia sin las firmas de sus ministros. Se fijaban también los derechos y garantías de una democracia: a la propiedad, a la seguridad individual, a la libertad de cultos y de conciencia y a la libertad de imprenta¹².

De regreso al país, Belgrano se trasladó a Tucumán para informar sobre la misión realizada en Europa y el estado general de la política internacional en la difícil coyuntura de la restauración. Contribuyó a acelerar la declaratoria de la independencia, paso necesario para poder proponer su proyecto de una monarquía incaica con el que aspiraba a formalizar las ideas que había ido lucubrando en el transcurso de la afiebrada misión diplomática en procura de un rey europeo. El 6 de julio fue escuchado en el seno del Congreso. Allí explicó Belgrano que la revolución y el estado que surgiera de la declaratoria independentista, tendría que sostenerse con sus propias fuerzas. Las ideas de la hora en Europa eran contrarias a las formas republicanas y habían ganado terreno las posiciones monárquicas. Frente a ello proponía la instauración de una monarquía parlamentaria coronando a un miembro de la casa de los Incas, cuya sede se instalaría en la ciudad del Cuzco.

¹¹ Ibidem., p. 250.

¹² BARTOLOMÉ MITRE, Op. Cit., p.319.

“Nos quedamos atónitos por lo ridículo y extravagante de la idea (...) —escribió Tomás Manuel de Anchorena a Rosas 30 años después— le hicimos varias observaciones a Belgrano, aunque con medida, porque vimos brillar el contento de los diputados cuicos del Alto Perú y también en otros representantes de las provincias. Tuvimos por entonces que callar y disimular el sumo desprecio con que mirábamos tal pensamiento”¹³. A pesar de esta versión, Belgrano se queja en carta a Manuel Ulloa del 10 de octubre que los peruanos existentes en Buenos Aires eran los más opuestos y hablaban como “energúmenos contra la opinión del Inca”¹⁴

La fecha es importante, porque indica que su idea no fue asunto descartado inmediatamente, sino que dio pie al debate durante meses. “Si usted lee los papeles públicos de Buenos Aires, -le escribe el 18 al mismo corresponsal- verá Ud. como unos me atacan y otros me defienden acerca de nuestro pensamiento de monarquía constitucional e Inca; digan lo que quieran los detractores, nada, y nadie será capaz de hacerme variar de opinión: creo que es nacional, es justa, y ni el cadalso, ni las llamas me arredrarían de publicarla: lo que siento es no ver la idea realizada...”¹⁵

Tanto Belgrano como Güemes habían destacado en sendas proclamas la idea de la coronación de un descendiente de los Incas con elocuente entusiasmo y en el seno del Congreso se escucharon encendidos discursos en su defensa, como el pronunciado por Castro Barros el 31 de julio, parlamentos que se sucedieron en las siguientes sesiones, encontrando la réplica de otros, especialmente pertenecientes al grupo de diputados porteños, de entre los que se destacó el citado Anchorena.

Aunque la idea del Belgrano se utilizó para bosquejar algunas fórmulas de acercamiento a la corte de Portugal, que fueron tratadas en sesiones secretas del Congreso (casamiento de un príncipe portugués con una princesa incaica), especialmente después de la ocupación de Montevideo por Lecor, en general no superó entre las personas vinculadas al poder el rango de una utopía romántica.¹⁶

Resignado a que su proyecto monárquico fuera dejado de lado, Belgrano juró el 25 de mayo de 1819 la Constitución sancionada por el Congreso. El General Paz recoge en sus Memorias los comentarios que Belgrano hizo entonces: “Esta Constitución y la forma de Gobierno adoptada por ella, no es en mi opinión la que conviene al país”. Según su forma de ver la idiosincrasia argentina no había desarrollado “ni las virtudes ni la ilustración necesarias para ser una república; una monarquía moderada es lo que nos hubiese convenido”. Y remataba su opinión diciendo que no era de su agrado el gorro frigio del escudo nacional, pues hubiera preferido que esas manos sostuvieran un cetro, “como símbolo de unión de nuestras provincias”.¹⁷

¹³ ADOLFO SALDÍAS, *La evolución republicana durante la revolución argentina*, Barcelona, 1919, , p.p. 299 – 306. Conf. DIEGO ARIEL FRACCHIA “Entre el comercio y la política: la trayectoria de Tomás Manuel Anchorena desde la Revolución de Mayo hasta su intervención en la Sala de Representantes de Buenos Aires”, en: *Trabajos y Comunicaciones* (51), p.109. Disponible en línea: <https://doi.org/10.24215/23468971e109>

¹⁴ ANH., *Epistolario* citado, p. 283.

¹⁵ *Ibidem.*, p. 284.

¹⁶ Uno de los estudios más completos sobre el proyecto belgraniano de entronizar a un descendiente de los incas en: LEONCIO GIANELLO, “La candidatura del Inca”. En el *IV Congreso Internacional de Historia de América*. Academia Nacional de la Historia de la Argentina, Buenos Aires, 1966. También LEONCIO GIANELLO, *Historia del Congreso de Tucumán*, Buenos Aires, Troquel, 1968, p.p.251 – 275. El autor hace referencia a diversos antecedentes vinculados a proyectos independentistas que reivindicaban a la dinastía de los Incas, entre los que figuran algunas ideas del precursor Francisco de Miranda. Una estrofa del himno aprobado en 1813 comenzaba diciendo “se conmueven del Inca las tumbas”, mientras que el sol del escudo es reconocido como el sol incaico.

¹⁷ BARTOLOMÉ MITRE, *Op. Cit.*, t. III, p. 244.

Un gobierno centralizado

Un gobierno centralizado fue para Belgrano otro principio rector, entendiendo que esto aseguraba la unidad la Nación. Consecuentemente desarrolló un sentimiento de rechazo frente a los federales y el federalismo. Cuando San Martín impulsó la mediación chilena en la guerra entre el Directorio y las provincias federales, Belgrano condescendió diciendo que la misión “se desengañaría” cuando escuchara que la causa de la disidencia de tales “viles fascinados” era que no querían “ser gobernados por porteños pícaros”. No admitiendo que los federales consideraran al gobierno de Buenos Aires como una “nueva dominación”, se exasperaba ante la desunión del país en plena guerra contra España, sin considerar equivalente la invasión portuguesa a la Banda Oriental, alentada desde Buenos Aires y resistida por Artigas.

En medio de la guerra contra los españoles en los frentes de Chile y del Alto Perú, y de la asechanza de un desembarco en la Banda Oriental, Belgrano no podía concebir que hubiera una guerra intestina a sus espaldas. A su paso por Río de Janeiro en 1815, había observado que los orientales mantenían una misión cerca de la princesa Carlota Joaquina, por lo que quedó convencido de que existía un acuerdo con Artigas para operar contra Buenos Aires, sospecha que sostenía todavía en 1819 cuando se esperaba un ataque desde el Atlántico

Efectivamente, la correspondencia de Belgrano insiste de manera obsesiva en considerar a Artigas y a los federales como aliados de los españoles y posibles auxiliares si se producía el desembarco de la expedición que se esperaba. Aun cuando existe todo un cuerpo documental que podría avalar sus sospechas, sobre todo en relación a Otorgués, Belgrano se fundamentaba en la impresión que le produjo la presencia de los enviados artiguistas Redruello y Caravaca en Río de Janeiro cuando él estaba desempeñando, junto a Rivadavia, su propia misión diplomática de acercamiento (graduado y condicionado) a Fernando VII¹⁸.

El Ejército del Perú, que Belgrano volvió a comandar luego de su regreso de Europa y de proponer al Congreso de Tucumán su idea de una monarquía incaica con sede en el Cuzco, quedó asentado en Tucumán luego de la declaración de la independencia y se constituyó en un garante del orden regional y del modelo de estado sostenido desde Buenos Aires. Desde allí se operó contra los movimientos autonomistas de Santiago del Estero y de Córdoba en 1816 y 1817, y una división al mando de Juan Bautista Bustos apoyó a la que desde Buenos Aires avanzó sobre Santa Fe al mando Juan Ramón Balcarce en 1818.

La sospecha de connivencia entre Artigas y los españoles, la extendía Belgrano a los federales del interior. Así escribía al director Pueyrredón el 27 de diciembre de 1816: “No creo muy aventurado mi juicio al exponer a V.E. que Borges, Lugones y Gonzebat se han vendido al enemigo, y operado de acuerdo a disposición de aquel, y han hecho entrar a muchos en el movimiento por las preocupaciones del lugar, y con los títulos dorados de

¹⁸ La estrategia de Artigas y de Otorgués apuntaba a conseguir ayuda portuguesa en armas y municiones para resistir el embate porteño en los difíciles momentos transcurridos posteriores a la ruptura entre Artigas y Buenos Aires, profundizados por el contraste sufrido por el segundo frente a Dorrego en Marmarajá, el 14 de octubre. La ficción de una reverente sumisión al rey Fernando VII, que fue muy bien recibida por la Princesa Carlota Joaquina, se abandonó luego de la decisiva victoria de Fructuoso Rivera sobre los porteños al mando de Dorrego en Guayabos el 10 de enero de 1815 y de la ocupación de Montevideo por el artiguismo, cuando se enarbó la bandera de la libertad. Conf. COMISIÓN NACIONAL ARCHIVO ARTIGAS, Archivo Artigas, t. XVIII, 1981. Conf. PACHO O'DONNELL, *1815. La primera declaración de independencia argentina*, Aguilar, Buenos Aires, 2015, p.p. 19 – 36. En esta obra, escrita con propósitos de divulgación, se trata con acierto el tema.

derechos del hombre; y otras cosas iguales, de que se valen los incendiarios que hay entre nosotros; pues ha convulsionado al país, después de saber el desgraciado suceso de Yavi, y cuando ya se sabía que el enemigo se decidía a invadir la provincia de Salta”.¹⁹ El 1º de enero de 1817, Juan Francisco Borges era fusilado, por lo que, al cabo de un mes, Belgrano expresaba que creía que a esa fecha “habrá dado cuenta a Dios de sus iniquidades, y de los males que ha causado con su ambición a aquella pacífica y miserable gente”²⁰

Convencido de que el Estado no podía ser sino un organismo centralizado, Belgrano promueve la idea de que la población de las provincias, como Córdoba en 1817, debería sustraerse a la influencia del “protector de los pueblos libres” y “revestirse de espíritu nacional”, según le expresa a su gobernador Ambrosio Funes en febrero de 1817.²¹ Este “espíritu nacional” era para Belgrano la expresión de un Estado centralizado, unido bajo un gobierno general, preferentemente una monarquía.

En 1819, Belgrano en persona avanza sobre Santa Fe convencido que la montonera correría ni bien viera tropas regulares. A pesar de un primer triunfo en La Herradura el 18 y 19 de febrero, pronto entiende que el ejército federal le hará una guerra de guerrillas y desgaste que lo destruiría progresivamente. Así se aviene a firmar el Armisticio de San Lorenzo con Estanislao López, quien se había impuesto de correspondencia de San Martín en la que se hacía referencia a la necesidad imperiosa de establecer las paces con los federales en atención a los peligros que corría la causa de la independencia americana, motivo por el cual había establecido contacto con Viamonte para firmar un armisticio.

Este gesto de López llevó a Belgrano a replantearse su idea de connivencia de los federales con los españoles, por lo que escribe a San Martín: “Una de las cosas que me consuela y que me hace creer que estos [los federales] no trabajaban por los españoles, es que la correspondencia de Ud. y de O’Higgins que interceptaron, sobre la vuelta del Ejército de los Andes, ha sido la que movió a López, al parecer”²².

El armisticio tuvo una duración de pocos meses y no contó con la aprobación de Artigas ni la de Ramírez, a la vez que generó oposición entre los artiguistas más acérrimos de Santa Fe, como los hermanos Aldao y Juan Francisco Seguí. A fin de año López combinaba sus operaciones con Ramírez para operar sobre Buenos Aires, convencido de que la coalición lusoportea era real. La batalla de Cepeda del 1º de febrero de 1820 puso fin al Directorio y al Congreso que había dictado la Constitución centralista de 1819. Caía también el proyecto monárquico que aspiraba a coronar al príncipe De Luca con el apoyo francés.

Para entonces Belgrano se encontraba en marcha hacia Buenos Aires, amargado y enfermo. Nunca dejó de defender sus ideas centralistas y en sus últimos días lamentaba no poder montar a caballo para sumarse a la defensa de Buenos Aires, nuevamente en guerra con Santa Fe.

La preeminencia del bien público:

Pero el principio central que Manuel Belgrano asumió en los días de la revolución y al que consagró todas sus energías, el que cubre y redime todas sus fallas y pasos en falso,

¹⁹ Conf. CADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Partes de batalla de las guerras civiles 1814 – 1821*, Buenos Aires, 1973, t. III, p.p. 145-146.

²⁰ Manuel Belgrano a Ambrosio Funes, Tucumán, 1º de febrero (¿?) de 1817. ANH, Epistolario... p. 299.

²¹ ANH, *Epistolario* citado, p. 304.

²²: *Ibidem*. p. 414

es el que coloca al interés público por sobre cualquier conveniencia particular. Con esa vara medía el patriotismo de los ciudadanos (“es de nuestra causa porque es amante del bien público”, escribía Belgrano a la Junta desde Santa Fe, refiriéndose al vecino español Agustín de Iriondo)²³ y demostraba su propio compromiso revolucionario, pues en esa prevalencia de lo público sobre lo privado estriba uno de los cambios que la modernidad traía sobre el “antiguo régimen” y sus privilegios. En eso se aproximaba Belgrano al grupo más radicalizado de sus colegas de la Junta: Mariano Moreno y Juan José Castelli.

En su ya citada autobiografía señala Belgrano que cuando “surgió una Junta de la que yo era vocal, sin saber cómo ni por donde...Era preciso corresponder a la confianza del pueblo, y todo me contraje al cumplimiento de esta obligación...: el bien público estaba a todos instantes a mi vista”.²⁴ El patriotismo –como señala Halperín Donghi– significaba abrazar la “causa colectiva”, privilegiando el bienestar común al propio, transformándose en el “eje moral del sistema”²⁵.

De esta forma, llevando Belgrano su sacrificio a extremos poco comunes, aceptó renunciar al mundo de prebendas y comodidades de su condición social, para ser un combatiente convencido en la lucha revolucionaria. Al ser designado Comandante del cuerpo de Patricios a finales de 1811, Belgrano renuncia a la mitad de su sueldo y comunica que en campaña se adaptará a la ración de la tropa.²⁶

Sin dejar de lado una actitud crítica, Belgrano se sometió siempre a la autoridad nacional en aras del interés público, aunque una serie de desencuentros pudo hacer suponer una desobediencia a las órdenes del Triunvirato en torno a la creación y uso de la bandera. Hasta en este aspecto tan caro a sus sentimientos, Belgrano aceptó las órdenes, como lo había hecho a desgano cuando, luego del movimiento antimorenista del 5 y 6 de abril de 1811, se le ordenó abandonar el mando de sus operaciones en la Banda Oriental para ir a rendir cuentas de las derrotas sufridas en el Paraguay. Contra sus convicciones aceptó también en 1819 que se le ordenara operar contra Santa Fe, abandonando su campamento de Tucumán y sus objetivos militares sobre el Alto Perú.

Quizá haya sido la última campaña de Belgrano la misión militar que lo viera más desprotegido. Había pasado un tiempo bastante dilatado en su campamento de La Ciudadela, con ciertas comodidades propias del cuartel, cuando repentinamente se le ordenó operar contra Santa Fe. Llevaba un ejército numeroso (más de tres mil hombres) sin equipamiento ni vestuario adecuados. A veces les faltaba el alimento indispensable y el General no quiso decomisarlo en el trayecto. Esperaba en vano los auxilios del gobierno y se priva de todo, como uno más dentro del ejército. Samuel Haigh vio su desplazamiento hacia el interior después de la firma del Armisticio de San Lorenzo en abril de 1819 y anotó: “Los soldados iban en estado lastimoso, muchos descalzos y vestidos de harapos y como el aire matinal era penetrante, pasaban tiritando de frío como espectros vivientes”²⁷

A todo se allana Belgrano en aras del interés público, aunque no admite que se recienta la moral de la tropa ni la disciplina. Mientras tanto, la enfermedad ha deteriorado su físico al punto de no poder montar a caballo sin ayuda. En agosto se ha agravado por lo que pide ser relevado del mando y en octubre pasa por Santiago camino a Tucumán. Se

²³ Conf. ALEJANDRO DAMIANOVICH, “Santa Fe y la redistribución regional del poder...” citada, p. 61.

²⁴ MANUEL BELGRANO, Autobiografía citada, p. 191.

²⁵ Conf. NOEMÍ GOLDMAN (Editora), *Lenguaje y revolución. Conceptos políticos clave en el Río de la Plata, 1780 – 1850*, Prometeo, Buenos Aires, 2008, p. 120.

²⁶ BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano* citada, t. II, p. 36.

²⁷ Conf. JOSÉ LUIS BUSANICHE, *Estampas del pasado*, Solar Hachette, Buenos Aires, 1971, p. 272

cansa mucho y se le hinchan las piernas. En diciembre parece haber mejorado un poco y espera sacrificar sus últimos esfuerzos por la patria. A mediados de enero resuelve viajar a Buenos Aires y a principios de abril va llegando a San Isidro. Mientras viaja se precipita la crisis política y cuando llega a su casa natal se encuentra grave. Vivirá dos meses todavía.

Conclusiones.

La figura de Belgrano adquirió una dimensión predominante en la historia de la revolución rioplatense por mérito propio; por el peso intelectual y político de Bartolomé Mitre, su principal biógrafo; por el testimonio de varios de sus contemporáneos como los generales Paz y La Madrid; y por la acción de las escuelas argentinas dirigida a la formación patriótica de la infancia y la juventud, especialmente centrada en la exaltación de los símbolos, como es el caso de la bandera nacional. Esa unanimidad, que Tulio Halperin Dhongui califica como el “Enigma Belgrano”²⁸, y al que le dedica su último libro, se ha sostenido a la hora del bicentenario de su fallecimiento y hace de Belgrano “un héroe de nuestro tiempo”, como reza el subtítulo del libro de Halperin.

Aunque Belgrano fuera un perdedor en muchas de las empresas y propósitos que alentara, como en el caso de los atributos que pensó para el Estado, a excepción de la independencia nacional, su entrega y su sacrificio en condiciones de extrema carestía de recursos materiales para sus tropas y para sí mismo, estando además en pésimas condiciones de salud, hacen de él un modelo de personalidad pública más apropiado para una sociedad que puede exhibir recurrentes motivos de frustración.

Rechazado por los paraguayos que veían en sus tropas a un ejército de ocupación porteña; suspendido en sus funciones cuando apenas iniciaba su campaña en la Banda Oriental, logró más adelante las dos mayores victorias de la guerra por la independencia libradas en el actual suelo argentino: las de Tucumán (1812) y Salta (1813), con las que salvó a la revolución. Su liderazgo estuvo probado con la gesta del éxodo jujeño, solo comparable al de Artigas en la Banda Oriental.

Pero esa fue la cúspide de su actuación militar ya que después se inició su declinación. Las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, su fracaso diplomático en Europa, su involucramiento en las guerras civiles siguiendo órdenes del Directorio, lo desacreditaron injustamente cuando sus dolencias lo limitaban cada vez más en el mando de un ejército famélico.

Cuando enfermo y pobre viajó a Buenos Aires a morir, tuvo la evidencia de que la historia había transcurrido por causas que no pudo controlar. La independencia de España estaba asegurada, pero su modelo de Estado había fracasado: la monarquía constitucional no solo no prosperó, sino que despertó el más enérgico rechazo de los sectores republicanos; el modelo de unidad que aspiraba a un país centralizado había engendrado la guerra entre los dos bloques de provincias, habiendo contribuido Belgrano a un fugaz punto de encuentro con Estanislao López en el Armisticio de San Lorenzo. En su lecho de muerte le expresó a su visitante Balbín, leal amigo que le había facilitado en Tucumán los medios para trasladarse a su ciudad natal: “Mi situación es cruel; mi estado de salud me impide montar a caballo para tomar parte en la defensa de Buenos Aires”²⁹, amenazada como estaba por el avance de las tropas de Estanislao López que vencerían nuevamente en El Gamonal.

²⁸ TULIO HALPERIN DONGHI, *El enigma Belgrano. Un héroe para nuestro tiempo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2014.

²⁹ BARTOLOMÉ MITRE, Op. Cit., t. III, p. 460.

Su idea de patria, su concepción de priorizar lo público por sobre lo privado, tampoco se había cumplido desde su lógica de una nación centralizada a la que todos debían sumarse, postergando localismos que de alguna manera parecían privilegiar intereses privados. Los intereses porteños dirigidos a la conquista de un mercado que cubriera todo el territorio nacional, tampoco parecían responder a un modelo patriótico como el que Belgrano idealizaba.

Al día siguiente de su muerte se iniciaba el invierno en Buenos Aires. Es justo que imaginemos un día frío y gris, un día de duelo. Pero a pocas cuadras flameaba en el fuerte la bandera azul y blanca que nos legara, como entre los humos de la batalla de Salta, cuando el general que moría consolidó su triunfo de Tucumán y con ello la vida misma de la revolución y la esperanza de la independencia americana.